



Las ilusiones perdidas

Alejandro Nieto

Pocos movimientos resultan hoy tan atractivos como el anarquismo decimonónico, cuando unos hombres desesperados quisieron derribar de los altares a los dos dioses que entonces se adoraban –al Dios de los cristianos y al dinero– y renegaron de los amos que a la sazón mandaban: el Estado y el patrón. Los anarquistas, con su tremenda ilusión y escasas fuerzas, se declararon dispuestos a vivir «sin Dios y sin amo». Fue la revolución frustrada de unos adultos prematuros, a los que no se dio otra oportunidad que la violencia suicida, en la que tenían todas las de perder.

Los comunistas y nacionalistas del siglo xx ya no fueron tan audaces porque no se atrevían a vivir solos y se acogieron sin reservas a los brazos del Padre Estado, aunque fuera el Estado proletario o el del Partido. Fue, en suma, una revolución de rasgos infantiles en la que el Padre había de encargarse de todo a cambio de la obediencia absoluta y acrítica.

La posdemocracia del siglo xxi es propia de una sociedad carnavalesca en la que durante unos días reina el jolgorio. Por las calles pasan dos cabalgatas de Carnaval. Una es en la época de las elecciones: los partidos reparten promesas y los ciudadanos se las creen. Luego, cuando termina la fiesta, todo sigue igual.

La otra cabalgata es la popular y se celebra en vacaciones y todos los fines de semana. La gente parece enloquecida y salta con una alegría artificial que revela una angustia profunda. En los días de este carnaval periódico se entierra la sardina, se representa la opulencia, se prodiga el



Pero algún día estos seguidores de lo sólido, de lo que se toca, se percatarán de que son ellos los que están huecos y de que la verdadera compañía es la que dan las ilusiones.

exceso, hay burlas para los tiranos y –bajo la careta que asegura la impunidad– se realizan gestos de desobediencia universal. Son fiestas ruidosas pero sin gozo verdadero, porque todo el mundo tiene conciencia de que inmediatamente va a llegar el miércoles de ceniza, que pasará el sueño de la libertad callejera y del

ocio organizado y que habrá que tornar de inmediato a la humillación cotidiana, al trabajo o al paro. Por eso son tan patéticas estas fiestas alborotadas y tan grotescos sus excesos: porque se sabe que todo es falso y que la alegría, además de provocada por los empresarios del consumismo, es corta, ya que el estimulante alcohólico del sábado tiene el regusto de la ceniza del miércoles.

La sociedad del siglo xxi no tiene siquiera la ilusión revolucionaria que antes ayudaba a sobrevivir a los desgraciados. Es una sociedad desengañada que no trabaja para un futuro mejor que sabe que no ha de llegar, sino para un presente vacío pero ruidoso; y que en lugar de invertir sus ahorros, prefiere consumir la felicidad en la calderilla de los viajes, las fiestas, las drogas, los acontecimientos multitudinarios y la gastronomía. Unos individuos que no saben estar solos y afrontar responsablemente su destino. Una sociedad con la avidez de la adolescencia y los desengaños de la vejez: incapaz de pensar en el mañana, de valerse por sí misma y que necesita del Estado y del amopropietario para que le cuiden y protejan, no tanto de los demás, como de sí misma.

Presumen de sabios los que han descubierto la falacia de los valores morales y sociales, los que están de vuelta de instituciones engañosas como la Iglesia y la familia, los que cambian el viento de las ilusiones por la solidez del dinero que puede medirse y tocarse y es la llave de todos los demás bienes. Los pragmáticos se burlan de la responsabilidad y de la felicidad, y es comprensible que desprecien lo que no conocen. Pero algún día estos seguidores de lo sólido, de lo que se toca, se percatarán de que son ellos los que están huecos y de que la verdadera compañía es la que dan las ilusiones. Todos sabemos, por ejemplo, que no hay Justicia; pero ¿adónde irá el abogado que, por mucho dinero que gane, no viva y trabaje con la ilusión de que la está defendiendo? ■